

# La máquina de la desimaginación como base de la incivilidad y el autoritarismo: la era de Trump<sup>a</sup>

HENRY A. GIROUX\*

FECHA DE RECEPCIÓN: 04/10/2016; FECHA DE APROBACIÓN: 12/12/2016

**RESUMEN:** La configuración del sistema educativo como una auténtica *máquina de la desimaginación*, cumple un papel de primer orden para que la cultura promotora de la ignorancia incube xenofobia, racismo e intolerancia. El retroceso y la crisis del sistema educativo en EU es de tal magnitud que 20% de sus ciudadanos creen que el sol gira alrededor de la Tierra y el Partido Republicano aboga por incluir el creacionismo en los libros de texto escolares. Sólo así se puede entender que triunfe un candidato que postula que el “cambio climático” es una mentira inventada por China. La máquina de la desimaginación es el fundamento de la cultura xenofóbica y racista americana. Es uno de los fundamentos esenciales del autoritarismo en la era de Trump.

**PALABRAS CLAVE:**

- raza
- incivilidad
- autoritarismo
- xenofobia
- Trump
- máquina de la desimaginación
- racismo
- pedagogía crítica

## The machine of disimagination as foundation of incivility and authoritarianism: the Trump era

**ABSTRACT:** the configuration of the educational system as an authentic machine of disimagination, plays a role of first order for the culture promoting ignorance incube xenophobia, racism and intolerance. The setback and crisis of the education system in the USA is such that 20% of its citizens believe that the sun turn around the Earth and the Republican Party advocates including creationism in school textbooks. Only thus can it be understood the victory of a candidate who postulates “climate change” as a lie invented by China. The machine of diimagination is the foundation of the American xenophobic and racist culture. It is one of the essential foundations of authoritarianism in the Trump era.

**KEYWORDS:**

- incivility
- authoritarianism
- xenophobia
- Trump
- machine of disimagination
- racism
- critical pedagogy

<sup>a</sup> Traducción realizada por Luis Arizmendi.

\* Dirige la presidencia del Global TV Professorship en el Departamento de Estudios Culturales e Ingleses de la McMaster University. Siete obras suyas han sido elegidas como libros importantes del año por la American Educational Studies Association. Ganó el Premio al Profesor Invitado Distinguido en el curso 1987-1988 en la Universidad de Missouri-Kansas City. Entre 1992 y 1994, fue titular de la dirección de profesorado de Waterbury Chair Professorship en la Universidad Estatal de Pensilvania. En 1995, fue galardonado con la Dirección de profesorado invitado de la Universidad Northeastern. Fue nombrado uno de los 50 mejores pensadores educacionales del periodo moderno en *Cincuenta Pensadores Modernos en Educación: Desde Piaget a la Actualidad* como parte de la serie de publicaciones de guías clave de Routledge, 2002. En 2005, fue galardonado como Doctor Honorario de Letras por la Universidad Memorial de Terranova. Ha escrito más de 35 libros, publicado más de 200 artículos y cientos de capítulos en libros. Entre sus obras más recientes se encuentran: *Zombie Politics and Culture in the Age of Casino Capitalism* (Peter Lang, 2011), *On Critical Pedagogy* (Continuum, 2011), *Twilight of the Social: Resurgent Publics in the Age of Disposability* (Paradigm, 2012), *Disposable Youth: Racialized Memories and the Culture of Cruelty* (Routledge, 2012), *Youth in Revolt: Reclaiming a Democratic Future* (Paradigm, 2013), *America's Education Deficit and the War on Youth* (Monthly Review Press, 2013).

Ante un ciclo electoral descompuesto, que terminó con la victoria presidencial de Trump, liberales y conservadores se apresuraron a argumentar que los estadounidenses habían caído presa de una cultura de la incivilidad. Este discurso de las “malas costumbres” hace alarde de comprensión, mientras en verdad trabaja al servicio del ocultamiento de los efectos del poder político, la injusticia racial y otras formas de opresión. La retórica de la “incivilidad” opera como medio ideológico conservador para silenciar a los críticos describiéndolos como groseros e incivilizados. La política, en este sentido, cambia el enfoque de la sustancia al estilo, reelaborando la noción del pensamiento y acción críticos para reemplazarlos por un reglamento de presunta cooperación, que se convierte en un código de costumbres de carácter elevado para las clases privilegiadas. En otras palabras, se considera que los nobles y los ricos poseen un carácter admirable que corresponde al comportamiento civil.

Al mismo tiempo, los pobres, desalojados, desempleados y los sometidos por la violencia policial no son vistos como víctimas de fuerzas políticas, sociales y económicas mayores. Por el contrario, sus problemas se reducen al discurso despolitizado del “mal carácter”, definido como una patología individual, de modo que cualquier resistencia que presenten es descartable como burda e incivil.

Como ningún otro candidato presidencial, como un símbolo de solidaridad con muchos de sus seguidores masculinos blancos Trump no sólo mostró incivilidad en sus apariciones públicas, sino que aprovechó su ira y transformó su miseria en una convocatoria al racismo, la intolerancia, la misoginia y el ultra-nacionalismo de las fuerzas más oscuras del autoritarismo. La mayoría de los estadounidenses decidieron vivir en Trumpland y, como observa David Remnick, esto representa más que una tragedia:

La elección de Donald Trump a la Presidencia no es otra cosa que una tragedia para la república americana, una tragedia para la Constitución y un triunfo para las fuerzas nacionales e internacionales promotoras de la xenofobia, el autoritarismo, la misoginia y el racismo. La sorprendente victoria de Trump, su ascensión a la Presidencia, es un suceso abominable en la historia de EU y de la democracia liberal. El 20 de enero de 2017, vamos a (...) presenciar la inauguración de un conservador que hizo poco para rechazar el respaldo de las fuerzas políticas de la xenofobia y la supremacía blanca. Es imposible reaccionar a este momento con nada menos que repugnancia y profunda zozobra.

Claramente, el abrazo de Trump a la incivilidad, la humillación y la intolerancia conformó una estrategia ganadora, que no sólo exhibe hasta qué punto la política del extremismo se ha movido de la periferia al centro de la

política americana, sino que también convirtió la política en un espectáculo alimentando las máquinas de rating de los principales *mass media*. La máquina de la incivilidad Trump resucitó la resistencia contra los políticos del establishment desplegando un papel importante para ganar la presidencia. Convirtió la política en lo que Guy Debord llama una “*máquina de movimiento perpetuo*”, basada en el miedo, la ansiedad, la guerra contra el terror y un ataque pleno contra los derechos de las mujeres, el Estado de bienestar y las minorías pobres.

¿Qué sucede con la democracia cuando la justicia pierde su anclaje como principio e ideal y se vuelve parte de un discurso promotor de la violencia, dejando de ser un principio organizador central de lo político? ¿Qué pasa con el debate racional, la cultura y el bien común?

Hay más en juego que ofuscación ideológica y evasión de responsabilidad social por parte de las clases dominantes. Existe también un lenguaje violento que sirve para reproducir los modos de dominación existentes y la concentración de relaciones de poder. En este caso, los argumentos, las evidencias y los juicios informados – cuando tienen poder responsable y muestran una respuesta fuerte ante la injusticia–, se tratan subordinándolos bajo la categoría de malas costumbres y comportamiento grosero. En ese discurso, desaparecen las cuestiones de poder, el conflicto de clases, el racismo y la violencia patrocinada por el Estado contra inmigrantes, musulmanes y minorías étnicas. Así la amenaza del autoritarismo se obnubila en un discurso orwelliano dualista. Trump queda reducido, en esa visión, a un payaso grosero, en lugar de ser identificado como un autoritario peligroso que pasa a asumir el control del Estado más poderoso del planeta.

Los tiempos oscuros que atormentan a nuestra era no aparecen como una inminente amenaza. Se han materializado con la elección de Donald Trump como Presidente de los EU. Él y su administración de extremistas personifican una política aberrante que ha llegado a gobernar y que ahora dominan a los principales partidos políticos y a otras instituciones políticas y económicas. El reino dantesco de miseria, violencia y desechabilidad de Trump hará más evidente el dominio de una cultura indiferente y sus principales mainstream, que continuarán operando una extensa maquinaria que produce estupidez manufacturada, lacra consumista, cultura fatua por celebridades, violencia como espectáculo e ignorancia fabricada. Constituye una formación social que se extiende desde los principales *mass media* a internet y una cultura impresa, dando forma a la violencia como espectáculo, una cultura promotora de la ignorancia y la teatralidad de celebridades y consumidores. Bajo la normalización de esta arquitectura ideológica, de alegado sentido común, la alfabetización se ve ahora con desdén, las palabras se reducen a simples datos y la

ciencia se confunde con la pseudociencia. El pensamiento se considera ahora como un acto de estupidez, en tanto la ignorancia se considera como una virtud.

Los rastros del pensamiento crítico aparecen sólo en los márgenes de la cultura, mientras la ignorancia se convierte en el principal principio organizador de la sociedad americana. La ignorancia se ha convertido en un arma en tanto rechaza al conocimiento y elogia al consumismo que produce violencia en nombre del sentido común. ¿De otro modo, cómo explicar la existencia de un partido político importante que niega el “cambio climático” y aboga por incluir el creacionismo en los libros de texto escolares?

Más de la mitad de los estadounidenses no pueden nombrar más de una de las cinco libertades garantizadas por la Primera Enmienda, el 20% cree que el Sol gira alrededor de la Tierra. Otro 20% no puede nombrar el país del cual EU ganó su independencia, el 80% no sabe cuántos senadores hay en el Congreso y sólo el 30% pudo identificar el Holocausto. La presencia de Trump en la escena política ha demostrado que la cultura promotora de la mentira, la ignorancia y la desinformación se encuentra profundamente arraigada en la sociedad estadounidense. Trump repetidamente mintió sobre sus puntos de vista sobre la guerra iraquí, propagó teorías conspirativas sobre el nacimiento del presidente Obama, negó que el cambio climático sea el resultado de la actividad humana, afirmó que nadie amaba a las mujeres más que él a pesar de sus repetidos insultos misóginos. En un país en el que la emoción y las opiniones parecen tener más credibilidad para millones, que argumentos razonados y pruebas científicas, la cultura de la mentira y la ignorancia prospera, mientras la vida pública se marchita. No es de sorprender que la educación en EU se haya convertido en una *máquina de desimaginación*, una herramienta para legitimar la ignorancia. Fundamental para la formación de una política autoritaria que ha eviscerado cualquier vestigio de democracia, la ideología política y las instituciones que ahora dominan la sociedad americana.

No estoy hablando simplemente del tipo de antiintelectualismo que teóricos como Richard Hofstadter, Ed Herman y Noam Chomsky, y más recientemente Susan Jacoby, han documentado, por muy penetrantes que fueran sus análisis. Señalo una forma más letal de analfabetismo que a menudo se ignora. El analfabetismo es ahora un flagelo y una herramienta política diseñada principalmente para hacer la guerra contra el lenguaje, el significado, el pensamiento y la capacidad de pensamiento crítico. Chris Hedges tiene razón al afirmar que “el vacío del lenguaje es un regalo para los demagogos y las corporaciones que saturan el paisaje con imágenes manipuladas y el lenguaje de la cultura de masas”.

Palabras como amor, confianza, libertad, responsabilidad y elección han sido deformadas por una lógica de

mercado que reduce su significado a una relación con una mercancía o una noción de interés propio. En lugar de amarse unos a otros, los estadounidenses son alfombras comercialmente bombardeadas para amar a su nuevo coche, su lavavajillas, su casa y una gama de otros bienes. En lugar de amar con valentía, compasión y desear una sociedad más justa, se ama una sociedad saturada de mercancías. Libertad ahora significa abandonar cualquier sentido de responsabilidad social para que uno pueda retirarse a órbitas privatizadas de auto-indulgencia. George Monbiot señala el modo en que la libertad se ha transformado bajo el neoliberalismo. Escribe:

La libertad que ofrece el neoliberalismo, que suena tan seductora cuando se expresa en términos generales, significa libertad para los ricos, no para las personas insignificantes. La libertad de los sindicatos y la negociación colectiva significa la libertad de suprimir los salarios. Libertad de la regulación significa la libertad de envenenar los ríos, poner en peligro a los trabajadores, cobrar tasas inicuas de interés y diseñar instrumentos financieros dominados por extranjeros. Libertad de impuestos significa libertad de la distribución de la riqueza que acrecienta la pobreza del grueso de la gente.

La nueva forma de analfabetismo no constituye simplemente una ausencia de aprendizaje, ideas o conocimiento. Tampoco se puede atribuir únicamente a lo que se ha llamado la “sociedad de los teléfonos inteligentes”. Por el contrario, es una práctica intencional, un objetivo utilizado para despolitizar activamente a las personas y hacerlas cómplices de las fuerzas que imponen miseria y sufrimiento a sus vidas. Los seguidores de Trump compraron este guión con bastante entusiasmo al ignorar sus repetidas mentiras pre-electorales e insensatamente elegirlo para la oficina más alta de la Tierra.

Gore Vidal una vez llamó a América los EU de Amnesia. El título debe extenderse a los EU de Amnesia y Analfabetismo Voluntario. El analfabetismo ya no marca simplemente a las poblaciones inmersas en la pobreza con poco acceso a una educación de calidad. Ni tampoco sugiere solamente la falta de habilidades competentes que permiten a las personas leer y escribir con un grado de comprensión y fluidez. Más profundamente, el analfabetismo también se refiere a lo que significa no poder actuar desde una posición de reflexión, de juicio informado y de acción crítica. El analfabetismo se ha convertido en una forma de represión política que desalienta una cultura de cuestionamiento, hace de la acción un acto de intervención inoperable y restablece el poder como modo de dominación. El analfabetismo sirve para despolitizar a la gente

porque vuelve difícil para los individuos desarrollar juicios informados, analizar relaciones complejas y recurrir a una variedad de fuentes para entender cómo funciona el poder y cómo podrían ser capaces de moldear las fuerzas que afectan sus vidas. El analfabetismo proporciona la base para ser gobernado, no para gobernar.

Es precisamente este modo de analfabetismo el que ahora constituye el *modus operandi* de una sociedad que privatiza y mata la imaginación envenenándola con falsedades, fantasías de consumo, bucles de datos y la necesidad de una gratificación instantánea. Este es un modo de analfabetismo y educación que no tiene lenguaje para relacionarse con la vida pública, la responsabilidad social o las exigencias de la ciudadanía. Es importante reconocer que el surgimiento de este nuevo modo de analfabetismo no es simplemente el fracaso de la educación pública y de la educación superior para crear ciudadanos críticos y activos. Se trata de una sociedad que elimina aquellas esferas públicas que hacen posible el pensamiento, al mismo tiempo que impone una cultura del miedo en la que existe la amenaza inminente de que cualquiera que tenga el poder responsable será castigado. Lo que está en juego aquí no es sólo la crisis de una sociedad democrática, sino una crisis de la memoria, la ética y la acción.

La evidencia de esta política represiva es visible en el crecimiento del Estado de vigilancia, la supresión de la disidencia, especialmente entre los jóvenes negros, la eliminación de la residencia permanente en estados como Wisconsin, el ascenso del Estado punitivo y la militarización de la policía. También es evidente en la demonización, el castigo y la guerra llevada a cabo por la administración Obama contra los denunciantes como Edward Snowden, Chelsea Manning y Jeffrey Sterling, entre otros.

Todo intento viable por desarrollar una política radical debe empezar a abordar el papel de la educación y la alfabetización cívica. Lo que he denominado pedagogía pública es central no sólo para la propia política, sino también para la creación de sujetos capaces de convertirse en agentes individuales y sociales contra las injusticias, capaces de recuperar y desarrollar esas instituciones cruciales para el funcionamiento y las promesas de una democracia sustantiva. Uno de los lugares esenciales para comenzar a pensar en este proyecto reside en abordar el significado y el papel de la pedagogía como parte de la lucha y la práctica más amplias por la libertad.

El alcance de la pedagogía se extiende desde las escuelas a diversos aparatos culturales como los medios de comunicación convencionales, culturas de pantalla alternativas y la creciente cultura de la pantalla digital. Mucho más que un método de enseñanza, la pedagogía es una práctica moral y política que participa activamente no sólo en la producción de conocimientos, habilidades

y valores sino también en la construcción de identidades, formas de identificación y formas de acción individual y social. En consecuencia, la pedagogía está en el centro de cualquier comprensión de lo político y del andamiaje ideológico de aquellos mecanismos que sirven de marco a nuestra vida cotidiana. En todo el mundo, las fuerzas del fundamentalismo del libre mercado están utilizando la fuerza educativa de la cultura en sentido amplio, la educación pública y la educación superior tanto para reproducir la cultura impulsada por el mercado de un neoliberalismo salvaje, como para asaltar la seguridad social históricamente garantizada. Se atacan los derechos civiles del Estado de bienestar, las escuelas públicas, los sindicatos, los derechos reproductivos de las mujeres y las libertades civiles, entre otros rubros, al tiempo que se socava la fe pública en las instituciones definitorias de la democracia.

A medida que las mentalidades y las moralidades del mercado impactan más rigurosamente en todos los aspectos de la sociedad, las instituciones democráticas y las esferas públicas se van reduciendo, si no desaparecen por completo. Y conforme estas instituciones –desde las escuelas públicas y los medios alternativos a los centros de salud– desaparecen, también se produce una seria erosión de los discursos de comunidad, justicia, igualdad, valores públicos y del bien común. Esta realidad sombría ha sido llamada por Alex Honneth una “socialidad fallida”, un fracaso en el poder de la imaginación cívica, la voluntad política y la democracia abierta. Es también parte de una política que despoja a la sociedad de cualquier ideario democrático y socava cualquier comprensión de la educación como bien público y de la pedagogía como una práctica de *empoderamiento*. Una práctica que actúa directamente sobre las condiciones que afectan nuestras vidas para cambiar cuanto sea necesario.

Uno de los retos a los que se enfrenta la generación actual de educadores, estudiantes, fuerzas progresistas y otros trabajadores de la cultura en general reside en la necesidad de abordar el papel que pueden desempeñar en la educación de los estudiantes para ser agentes críticamente comprometidos, atentos a las cuestiones sociales importantes y a la responsabilidad de profundizar, ampliar el significado y las prácticas de una democracia vibrante. En el centro de este desafío está la cuestión de qué debe lograr la educación no sólo en una democracia, sino en un momento histórico en que EU está a punto de caer en la noche oscura del autoritarismo. ¿Qué trabajo deben hacer los educadores para crear las condiciones económicas, políticas y éticas necesarias para dotar a los jóvenes y al público en general de la capacidad de pensar, cuestionar, dudar, imaginar lo inimaginable y defender la educación como fuerza esencial para inspirar y energizar a los ciudadanos necesarios para la existencia de una democracia robusta? En un mundo en el

que existe un creciente abandono de impulsos igualitarios y democráticos, ¿qué se necesitará para educar a los jóvenes y al sistema político, en un sentido amplio, para desafiar a la autoridad y producir poder responsable?

¿Qué papel puede tener la educación y la pedagogía crítica en una sociedad en la que lo social ha sido individualizado, la vida emocional se derrumba en lo terapéutico y la educación se reduce a un *affair* privado o a una forma algorítmica de regulación en la que todo es reducido a un resultado deseado? ¿Qué rol puede desempeñar la educación para desafiar la letal pretensión neoliberal de que todos los problemas son individuales, sin importar si sus raíces se ubican en fuerzas sistémicas mayores? En una cultura ahogada en un nuevo *affair* con la racionalidad instrumental, no es de extrañar que los valores que no son mensurables –como la compasión, la visión, la imaginación, la confianza, la solidaridad, el cuidado del otro y la pasión por la justicia–, se marchiten.

Dada la crisis de la educación, la acción y la memoria que emerge en la coyuntura histórica contemporánea, la izquierda y otras fuerzas progresistas necesitan un nuevo lenguaje para abordar los contextos cambiantes y los problemas que enfrenta un mundo en el que existe una convergencia sin precedentes de recursos financieros, culturales, políticos, económicos, científicos, militares y tecnológicos cada vez más utilizados para ejercer poderosas y diversas formas de control y dominación. Ese lenguaje necesita ser político sin ser dogmático y debe reconocer que la pedagogía siempre es ejercicio de lo político porque está conectada con el despliegue de la acción. En este marco, necesitan tornarse pedagógicos los medios políticos para estar atentos al “momento mismo en que se producen las identidades, se están constituyendo los grupos o se están creando los objetos”. Las fuerzas progresistas deben poner atención a aquellas prácticas en las cuales las formas críticas de acción y las identidades particulares están siendo negadas. El desarrollo de una comprensión integral de la política debería comenzar con el llamado a redirigirla más allá de la esfera política convencional, hacia el conjunto social masivo poniendo énfasis en valores como la defensa del bien público, de los bienes comunes y de una democracia global.

Nuestro tiempo requiere abrirse al desarrollo de prácticas pedagógicas que no sólo sean capaces de desafiar el creciente número de prácticas y políticas antidemocráticas propias del capitalismo de casino, sino que estén dirigidas a inspirar y energizar a los sujetos. La reedición del proyecto de una democracia radical proporcionaría la base para imaginar una vida más allá de un orden social inmerso en la desigualdad masiva, la devastación interminable del medio ambiente, la guerra y la militarización como peligrosos ideales nacionales santificados. Ante la

crisis contemporánea del sistema educativo, la educación necesita ser algo más que una obsesión por los esquemas de rendición de cuentas, una cultura de auditorías y una inmersión irreflexiva en el crudo empirismo obsesionado con los datos y basada en los valores del mercado. Requiere rebasar la idea de que todos los niveles de escolaridad se pueden reducir a meros sitios para la formación de los estudiantes como fuerza de trabajo y que la cultura de la educación pública y de la educación superior deben ser sinónimo de cultura empresarial.

Cualquier noción viable de política radical debe reconocer que la educación no se remite a ser un subconjunto de la política, sino que es fundamental para su significado, sus relaciones sociales y sus efectos. La educación no sólo constituye un lugar de lucha en las escuelas, sino también en la cultura en lo general. Ambos sitios son cruciales para crear culturas formativas necesarias para cuestionar los peligros que se están integrando contra las ideas de justicia y democracia, mientras se crean agentes críticos que pueden propulsar esferas públicas, ideales, valores y políticas comprometidas con modos alternativos de identidad, el pensamiento social y lo político. Formas de educación crítica que no sólo informen a los individuos sobre la historia, el legado de grandes ideas y tesoros intelectuales, sino que también los inspire y los energice para vincular lo que aprenden con las obligaciones que trae consigo ser un ciudadano crítico, comprometido cívicamente. Como modo de lo político, la educación tiene lugar en múltiples paisajes y aparatos culturales que van desde las escuelas y los videojuegos hasta los principales medios de comunicación y las películas de Hollywood, que son máquinas de enseñanza y no simplemente fuentes de información y entretenimiento. Cualquier lucha por una democracia radical tiene que enfrentar el reto de remover esos sitios pedagógicos del control de la élite financiera y de las corporaciones que los integran a la máquina de la desimaginación.

¿Qué podría significar teorizar la pedagogía como un elemento básico de la política? Las fuerzas progresistas podrían comenzar por reconocer que lo central de cualquier noción viable de pedagogía crítica parte del reconocimiento de que la educación constituye una práctica moral y política siempre implicada en relaciones de poder porque narra versiones y visiones particulares de la vida cívica, la comunidad, el futuro, las representaciones de nosotros mismos, de otros y de nuestro entorno físico y social. En este sentido, toda discusión de la pedagogía crítica debe estar atenta al modo en que las prácticas pedagógicas funcionan en una amplia variedad de sitios, de suerte que pueden contribuir a producir estructuras particulares en las que la identidad, la dignidad y, sobre todo, los valores se organicen al servicio de la práctica de la libertad y la

justicia. Como práctica de la libertad, la pedagogía hace hincapié en la reflexión crítica, superando la brecha entre el aprendizaje y la vida cotidiana, comprendiendo la conexión entre el poder y el conocimiento y ampliando los derechos e identidades democráticas a partir de los recursos de la historia y la teoría. En el centro del análisis de la cultura como práctica pedagógica está lo que significa involucrar al sentido común como una forma de moldear e influir en la opinión popular, asimismo como en múltiples sitios diversas prácticas educativas pueden ser utilizadas para desafiar el vocabulario, las prácticas y los valores de las fuerzas opresivas que actúan bajo regímenes de poder neoliberales.

Es urgente la necesidad política de que la sociedad americana entienda lo que significa, en una sociedad autoritaria, militarizar y trivializar el discurso, los vocabularios, las imágenes y los medios auditivos de comunicación. El modo con que el lenguaje es usado para relegar la ciudadanía a la búsqueda singular de intereses egoístas, para la legitimación de compras como presunta expresión de la identidad propia, el modo en que los servicios públicos esenciales son redefinidos para debilitar cualquier sentido viable de responsabilidad individual. Usando el lenguaje de la guerra y la militarización para describir una amplia gama de problemas que enfrentamos como nación. La guerra se ha convertido en una adicción, la guerra contra el terror es un estimulante pavloviano para el control. Compartir temores se ha vuelto uno de los pocos discursos disponibles para definir cualquier vestigio de solidaridad.

Semejantes falsedades forman parte de la ideología neoliberal reinante. Demuestran, una vez más, que la pedagogía es central en la política misma, porque se trata de cambiar la forma de ver las cosas, de reconocer que la política es educativa y que la dominación reside no sólo en estructuras económicas represivas, en el reino de las ideas, las creencias y los modos de persuasión. La pedagogía debe ser capaz de hablar a la gente de forma significativa, abriendo oportunidades de identificación de la relación entre el conocimiento y su vida cotidiana. No existe política sin una pedagogía de identificación. Es decir, la gente tiene que proyectar algo de sí en el modo en que se dirige a cualquier forma de educación, argumentación, reflexión y pedagogía, puesto que invariablemente tiene que hablar de la condición de sí misma y crear un momento de reconocimiento.

A falta de este entendimiento, la pedagogía se convierte muy fácilmente en una forma de violencia simbólica e intelectual, que agrede más que educar. Un ejemplo de esa violencia puede verse en el diseño de las pruebas de alto nivel y en la enseñanza empírica que domina la educación pública en los EU, lo que equivale a pedagogías de la represión que sirven principalmente para entumecer la mente y producir lo que se podría llamar zonas muertas

de la imaginación. Estas son pedagogías disciplinarias, de poca consideración por los contextos y la historia, ajenas al conocimiento significativo o la ampliación de horizontes para crear estudiantes como agentes críticamente comprometidos. La metamorfosis en curso de la universidad como corporación empresarial es impulsada por una cultura de auditoría y por modos de evaluación que socavan la autonomía del maestro, que tratan el conocimiento como una mercancía y a los estudiantes como clientes, imponiendo estructuras de gobierno dirigidas a brutalizar la educación pública y la educación superior. En ese marco, la pedagogía se convierte en una herramienta de control, eliminando toda noción de crítica y el poder de la imaginación de la enseñanza. En una época en la que la política se disuelve en el lenguaje terapéutico de espacios inocuos, traumas y zonas de confort, Robert Guadino, ex profesor del Williams College, tuvo razón al defender formas de pedagogía que hablaban de modos de aprendizaje que eran “inconfortables”, al tiempo que alentaba a sus estudiantes a involucrarse en el aprendizaje como un proceso con el “potencial creativo para estremecer y perturbar”. Cuestionar al sentido común así como cualquier cosmovisión e ideología que se dé por sentado o exista más allá de la investigación, debe ser central en cualquier práctica pedagógica crítica.

El desafío fundamental que enfrentan los educadores dentro de la era actual del neoliberalismo, el militarismo y el fundamentalismo religioso reside en proporcionar las condiciones para que los estudiantes aborden el modo en que el conocimiento está relacionado con el poder tanto de autodefinición como de acción social. Esto exige proveer a los estudiantes de las habilidades, las ideas, los valores y la autoridad necesarios para nutrir una democracia sustantiva, de suerte que puedan reconocer las formas antidemocráticas de poder y luchar contra las injusticias profundamente arraigadas a nivel de la economía, el racismo y el género. Como decía Hannah Arendt, en “La crisis de la educación”, la centralidad de la educación para la política también se manifiesta en la responsabilidad ante el mundo que los trabajadores culturales tienen que asumir cuando se comprometen con prácticas pedagógicas que están del lado del desafío a las formas de dominación.

Un proyecto de este orden lleva a desarrollar una pedagogía transformadora, enraizada en lo que podría llamarse democracia resurgente e insurreccional, que cuestiona implacablemente los tipos de trabajo, prácticas y formas de producción que se promulgan en las escuelas y otros sitios de educación. El proyecto conduce al reconocimiento de que toda práctica pedagógica presupone una noción de futuro, otorga prioridad a algunas formas de identificación sobre las demás, sosteniendo modos selectivos de relaciones sociales y valorando algunos modos de conocer por encima de otros.

Mientras las escuelas de negocios son tenidas en alta estima, las escuelas para educadores son desdeñadas e, incluso en algunos casos, son objeto de desprecio. Su pedagogía no ofrece garantías en tanto reconoce que su propia posición se basa en modos particulares de autoridad, valores y principios éticos que deben ser debatidos constantemente por las formas en que abren y cierran las relaciones democráticas, sus valores e identidades.

Estos son los cuestionamientos formulados por el Sindicato de Maestros de Chicago en su valiente lucha por recuperar un cierto control sobre las condiciones de su trabajo y sus esfuerzos por redefinir el significado de la educación como esfera pública democrática.

Tal proyecto debe ser, en principio, relacional, contextual, así como autorreflexivo y teóricamente riguroso. Por relacional, quiero decir que la crisis actual de la escolarización debe entenderse en relación con la embestida más amplia que se está librando contra todos los aspectos de la vida pública democrática. Al mismo tiempo, toda comprensión crítica de las fuerzas sociales que configuran la educación pública y la educación superior debe complementarse poniendo atención a la naturaleza histórica y condicional de la propia pedagogía. La pedagogía nunca puede ser tratada como un conjunto fijo de principios y prácticas que pueden aplicarse indiscriminadamente a una variedad de sitios pedagógicos. La pedagogía no es una receta o solución metodológica que se puede imponer a todas las aulas. Por el contrario, siempre debe estar contextualmente definida, lo que le permite responder específicamente a las condiciones, formaciones y problemas que surgen en los distintos sitios en los que se desarrolla la educación. Tal proyecto sugiere la reformulación de la pedagogía como presunta práctica indeterminada, volviéndola abierta a una constante revisión y diálogo con sus propios supuestos.

La noción de una educación neutra y objetiva constituye un oximoron. La educación y la pedagogía no existen fuera de las relaciones de poder, los valores y la política. La ética en el frente pedagógico exige una apertura al otro, una voluntad de involucrarse continuamente en una “política de posibilidades”, a través de un compromiso crítico continuo con textos, imágenes, eventos y otros registros de significados, a medida que se transforman en prácticas pedagógicas dentro y fuera del aula. La pedagogía nunca es inocente y, si ha de ser entendida y problematizada como una forma de trabajo académico, los trabajadores culturales deben tener la oportunidad de cuestionar todos los llamados a despolitizar la pedagogía a través de apelaciones a la objetividad científica o al dogmatismo ideológico, aunque también requieren asumir a registrar y analizar críticamente su propia participación subjetiva en torno a qué y cómo enseñan dentro y fuera de las escuelas. Los educadores necesitan repensar el bagaje cultural e ideológico que lle-

van a cada encuentro educativo. Los educadores necesitan ser éticos, políticamente responsables y auto-reflexivos por las historias que producen, las afirmaciones con que impactan en la memoria pública y las imágenes del futuro que consideran legítimas. Entendida como forma de esperanza, la pedagogía en este sentido no es un antídoto para la política, un anhelo nostálgico por un tiempo mejor, o por un “futuro inconcebiblemente alternativo”. En cambio, es un “intento de encontrar un puente entre el presente y el futuro para aquellas fuerzas dentro del presente que son potencialmente capaces de transformarlo”.<sup>1</sup>

En los albores del siglo XXI, la noción de lo social y lo público no se está borrando, sino que se está reconstruyendo bajo circunstancias en las que se están erosionando los foros públicos de debate serio, incluida la educación pública. Reducido a un crudo instrumentalismo, a cultura empresarial, o definido como un derecho puramente privado más que como un bien público, nuestros principales aparatos educativos son eliminados del discurso de la democracia y de la cultura cívica. Bajo la influencia de poderosos intereses financieros, hemos asistido a la absorción de la educación pública y cada vez más también de la educación superior por una lógica corporativa que insensibiliza tanto la mente como el alma, enfatizando una ideología que promueve ganar a toda costa, la acriticidad y socavar el arduo trabajo de aprender bajo las relaciones de poder que conforman la vida cotidiana y el mundo en su sentido más amplio. A medida que el aprendizaje es privatizado, despolitizado y reducido a convertir los sujetos en buenos consumidores, cualquier noción viable de valores sociales, públicos, ciudadanía y democracia se marchita.

Como elemento central de una política cultural de base amplia, la pedagogía crítica, en sus diversas formas, puede brindar oportunidades a los educadores y otros trabajadores culturales para reclamar la promesa y las posibilidades de una vida pública democrática. La pedagogía crítica proporciona las condiciones para que los estudiantes y el público en general puedan ejercer sus capacidades intelectuales, abrazar la imaginación ética, responsabilizar al poder y adoptar un sentido de responsabilidad social.

Uno de los desafíos más serios que enfrentan los maestros, artistas, periodistas, escritores y otros trabajadores culturales reside en la tarea de desarrollar un discurso de crítica y posibilidad. Esto significa desarrollar discursos y prácticas pedagógicas que conecten la lectura de la palabra con la lectura del mundo, y que lo hagan de manera que mejoren las capacidades de los jóvenes como agentes

<sup>1</sup> Terry Eagleton, *The Idea of Culture*, Basil Blackwell, Malden, MA, 2000, p.22.

críticos y ciudadanos comprometidos. Los estudiantes necesitan ser estimulados y desafiados para abordar los asuntos sociales importantes, aprendiendo a traducir sus problemas privados en asuntos públicos, y a comprometerse a nivel de la acción local y compartida, mientras la conectan con asuntos globales.

La democracia empieza a fracasar y la vida política se empobrece en ausencia de esferas públicas vitales como la educación pública y la educación superior regulándose por valores cívicos, la erudición pública y el compromiso social. Lo que permite una comprensión más imaginativa de un futuro que tome en serio las exigencias de justicia, equidad y valor cívico.

La democracia debe ser una forma de pensar sobre la educación, que se esfuerce en conectar la equidad con la excelencia, el aprendizaje con la ética y la acción con los imperativos de la responsabilidad social y el bien público. La cuestión de qué papel debe desempeñar la educación en la democracia se hace aún más urgente en un momento en que las fuerzas oscuras del autoritarismo están en marcha en EU. En la medida en que los valores públicos, la confianza, las solidaridades y los modos de educación están bajo cerco, los discursos del odio, el racismo, el egoísmo rabioso y la avaricia han ejercido una influencia venenosa en la sociedad americana. Lo que es evidente en el discurso no sólo del Presidente Trump, sino también en un gran número de miembros de su gabinete que ahora ocuparán posiciones de poder en su administración. El analfabetismo cívico confunde la opinión con argumentos informados, borra la memoria colectiva y se torna cómplice de la militarización de los espacios individuales, públicos y de la sociedad misma. Bajo tales circunstancias, políticos como Hillary Clinton son etiquetados como liberales cuando en realidad son promotores de un militarismo tóxico como de los intereses de la élite financiera.

A pesar de que Trump ganó la presidencia, en todo EU hay y habrá señales continuas de esperanza. Los jóvenes han protestado contra la deuda para acceder a la educación, los ambientalistas han cuestionado duramente los intereses corporativos, los jóvenes negros criticando la violencia estatal en todas sus formas, los abolicionistas de las cárceles han hecho oír su voz y, una vez más, se está discutiendo ampliamente la amenaza de un invierno nuclear. En el marco de la crisis actual, el neoliberalismo ha perdido su capacidad para legitimarse.

La cuestión ya no se remite a si políticos como Donald Trump están a punto de llevarnos a una nueva era de autoritarismo y fanatismo. Cuando se normaliza el resentimiento individualizado y la violencia centrada en el chivo expiatorio, nos acercamos a un Estado policial y una época que olvida los impulsos totalitarios que estimuló la guerra con Irak, cuando el Estado autorizó la tortura, los crímenes

de guerra, el saqueo del planeta y mucho más. Trump es sólo un síntoma, no la causa de esta crisis. Trump es su mensajero del capitalismo global más peligroso y confuso.

Esperemos que el planeta persista el tiempo suficiente para comenzar a repensar la política a la luz de esta elección, que cabe clasificar como uno de los eventos más perniciosos en la historia política estadounidense. La democracia, por defectuosa que sea, se ha derrumbado en el mundo de Trump, que propulsa la política de la mentira, la xenofobia, el racismo y el autoritarismo.

Como Bob Herbert mencionó recientemente: “Trump amenaza todo lo que se supone que debemos representar, es la mayor crisis que ha enfrentado la sociedad americana. La Corte Suprema está perdida durante décadas por venir. La ironía de las ironías, por supuesto, es que los racistas, xenófobos y misóginos estarán entre los más afectados por su locura en el cargo”.

La estrategia de la izquierda podría retroceder durante años, dada la propensión de Trump a aplastar la disidencia y su animadversión hacia cualquier persona que exprese desacuerdos. Cuando retire a EU de los Acuerdos de París, persiga a los jóvenes negros pese a su llamado a la discriminación racial, reduzca los impuestos a los ricos, desregule los negocios, restablezca la Corte Suprema durante décadas y amplíe el Estado policial, en la medida en que comiencen las deportaciones masivas, deberemos reconsiderar dónde están las palancas del poder.

Mientras muchos admitieron o silenciaron ante las mentiras flagrantes de Trump, otros millones de jóvenes expusieron sus falsedades y enfatizaron que las crisis económicas y políticas que inauguran una nueva versión del autoritarismo estadounidense están cada vez más acompañadas por una crisis de ideas. Si continúa este impulso de creciente crítica y cohesión colectiva, el apoyo a Bernie Sanders entre los jóvenes será igualado por un aumento en el crecimiento de otros grupos de oposición. Grupos organizados en torno a temas como la construcción de un movimiento sindical insurgente, la salvaguarda medioambiental, la elevación del salario mínimo, la eliminación de la violencia policial, la recuperación de la educación pública como bien público y otros movimientos emergentes, tienen frente a sí el reto de converger integrando una base amplia para la formación social y un partido político. En la confluencia del poder y la cultura, la creación de nuevas esferas y tecnologías públicas y la aparición de nuevos movimientos sociales negros, hacen emerger una nueva sensibilidad política colectiva que ofrece un nuevo modo de acción.

Esta no es una disyuntiva sobre quién será elegido próximo presidente o partido gobernante de EU, sino sobre la disposición a pugnar por una democracia radical. Estamos viendo una gran cantidad de teorías sobre este tema en

intelectuales perspicaces como Michael Lerner, Robin D. G. Kelley, Stanley Aronowitz, Angela Davis, Salvatore Babones y John Asimakopoulos.<sup>2</sup> Los movimientos sociales como *Black Lives Matter*, *Dream Defenders*, *Black Youth Project 110* y la *Liga de Justicia NYC*, entre otros, también han hecho impresionantes conexiones significativas entre violencia estatal y opresión sistémica.<sup>3</sup> Los fuertes vientos están en el aire, sacudiendo los intereses establecidos, obligando a los liberales a reconocer su complicidad con

las potencias establecidas y dando nueva vida al significado de un orden social democrático en el que la equidad y la justicia triunfen para todos. Es hora de cuestionar la idea de que capitalismo y democracia son una unidad. Estamos ante la convocatoria a edificar colectivamente una política que se niegue a olvidar los crímenes del pasado e imaginar un futuro diferente. Semejante convocatoria no es un acto de incivildad, sino un llamado al coraje cívico y la auto-organización imaginativa.

---

<sup>2</sup> Michael Lerner, "Beyond the 2016 Ballot Box: Why We Need a National Organization on the Left—And How to Build It", *Tikkun*, January 26, 2016; Robin D.G. Kelley, "Black Study, Black Struggle", *Boston Review*, March 7, 2016. <https://bostonreview.net/forum/robin-d-g-kelley-black-study-black-struggle>; Angela Davis, *Freedom is a Constant Struggle*, Haymarket, Chicago, 2016; Stanley Aronowitz, "What Kind of Left Does America Need?", *Tikkun*, April 14, 2014. <http://www.tikkun.org/nextgen/what-kind-of-left-does-america-need>; Salvatore Babones, *Sixteen for '16: A Progressive Agenda for a Better America*, Policy Press, Chicago, 2015; John Asimakopoulos, *Social Structures of Direct Democracy: On the Political Economy of Equality*, Studies in Critical Science, New York, 2016.

<sup>3</sup> Richard W. Behan, "Black Lives Don't Matter, Black Votes Do: the Racial Hypocrisy of Hillary", *Counterpunch*, April 15, 2016. <http://www.counterpunch.org/2016/04/15/black-lives-dont-matter-black-votes-do-the-racial-hypocrisy-of-hillary-and-bill-clinton/>; Alicia Garza, "A Herstory of the #BlackLivesMatter Movement", *The Feminist Wire*, October 7, 2014. <http://www.thefeministwire.com/2014/10/blacklivesmatter-2/>; Keeanga-Yamahtta Taylor, "The rise of the *Black Lives Matter* movement", *Socialist Worker.org*, January 13, 2015. <http://socialistworker.org/2015/01/13/the-rise-of-blacklivesmatter/>; Elizabeth Day, "BlackLivesMatter: the birth of a new civil rights movement", *The Guardian*, July 19, 2015. <http://www.theguardian.com/world/2015/jul/19/blacklivesmatter-birth-civil-rights-movement>

### Bibliografía

- ◆ Aronowitz, Stanley, “What Kind of Left Does America Need?”, *Tikkun*, April 14, 2014. <http://www.tikkun.org/nextgen/what-kind-of-left-does-america-need>
- ◆ Aschoff, Nicole, “The Smartphone Society”, *Jacobin Magazine*, Issue 17, Spring, 2015. <https://www.jacobinmag.com/2015/03/smartphone-usage-technology-aschoff/>
- ◆ Asimakopoulos, John, *Social Structures of Direct Democracy: On the Political Economy of Equality, Studies in Critical Science*, New York, 2016.
- ◆ Babones, Salvatore, *Sixteen for '16: A Progressive Agenda for a Better America*, Policy Press, Chicago, 2015.
- ◆ Behan, Richard W., “Black Lives Don’t Matter, Black Votes Do: the Racial Hypocrisy of Hillary”, *Counterpunch*, April 15, 2016. <http://www.counterpunch.org/2016/04/15/black-lives-dont-matter-black-votes-do-the-racial-hypocrisy-of-hillary-and-bill-clinton/>
- ◆ Berkowitz, Robert, “Green Shots”, *Medium.com*, October 23, 2016. <https://medium.com/amor-mundi/green-shoots-c181b7e73927#.r9uflfekq>
- ◆ Davis, Angela, *Freedom is a Constant Struggle*, Haymarket, Chicago, 2016.
- ◆ Day, Elizabeth, “#BlackLivesMatter: the birth of a new civil rights movement”, *The Guardian*, July 19, 2015. <http://www.theguardian.com/world/2015/jul/19/blacklivesmatter-birth-civil-rights-movement>
- ◆ Eagleton, Terry, *The Idea of Culture*, Basil Blackwell, Malden, MA, 2000.
- ◆ Garza, Alicia, “A Herstory of the #BlackLivesMatter Movement”, *The Feminist Wire*, October 7, 2014. <http://www.thefeministwire.com/2014/10/blacklivesmatter-2/>
- ◆ Giroux, Henry A., *Education and the Crisis of Public Values*, 2nd edition, Peter Lang, New York, 2015.
- ◆ Hedges, Chris, “The War on Language”, *TruthDig*, September 28, 2009.
- ◆ [http://www.truthdig.com/report/item/20090928\\_the\\_war\\_on\\_language/](http://www.truthdig.com/report/item/20090928_the_war_on_language/)
- ◆ Kelley, Robin D.G., “Black Study, Black Struggle”, *Boston Review*, March 7, 2016. <https://bostonreview.net/forum/robin-d-g-kelley-black-study-black-struggle>
- ◆ Lang, Nico, “14 Surprising Things Americans Don’t Know, According to Poll Numbers”, *Thought Catalog*, October 13, 2014. <http://thoughtcatalog.com/nico-lang/2013/10/14-surprising-things-americans-dont-know-according-to-poll-numbers/>
- ◆ Lerner, Michael, “Beyond the 2016 Ballot Box: Why We Need a National Organization on the Left—And How to Build It”, *Tikkun*, January 26, 2016.
- ◆ Monbiot, George, “Neoliberalism – the ideology at the root of all our problems”, *Truthout*, April 19, 2016. <http://www.truth-out.org/opinion/item/35692-neoliberalism-the-ideology-at-the-root-of-all-our-problems>
- ◆ Olson, Gary and Worsham, Lynn, “Staging the Politics of Difference: Homi Bhabha’s Critical Literacy”, *Journal of Advanced Composition*, 1999.
- ◆ Remnick, David, “American Tragedy”, *The New Yorker*, November 9, 2016. [http://www.newyorker.com/news/news-desk/an-american-tragedy-2?mbid=nl\\_Daily%20Newsletter%20091716%20\(1\)&CNDID=42733863&spMailingID=9846224&spUserID=MTM4NzE1OTE4NjE5S0&spJobID=1040744742&spReportId=MTA0MDc0NDc0MgS2](http://www.newyorker.com/news/news-desk/an-american-tragedy-2?mbid=nl_Daily%20Newsletter%20091716%20(1)&CNDID=42733863&spMailingID=9846224&spUserID=MTM4NzE1OTE4NjE5S0&spJobID=1040744742&spReportId=MTA0MDc0NDc0MgS2)
- ◆ Tylor, Keeanga-Yamahtta, “The rise of the #BlackLivesMatter movement”, *Socialist Worker.org*, January 13, 2015. <http://socialistworker.org/2015/01/13/the-rise-of-blacklivesmatter>